

Goio Borge 28º

SER INCERTIDUMBRE

Los masones somos así.

Recordaréis HH.. nuestra última reunión celebrada en Coruña. Fue una sesión larga, y varios de los HH.. de Bilbao regresamos directamente a nuestra ciudad sin atender al ágape. Parte de mi reflexión de hoy surge de aquella tarde, pues en el viaje de vuelta, varias horas bajo un aguacero aberrante, los HH.. del coche, con las múltiples experiencias del día, que habían incluido iniciaciones en grados superiores, comunicaciones de grado, lecturas de balaustres, no habíamos tenido, por lo visto, bastante.

Pero los masones somos, en efecto, así. Dedicamos tal vez doscientos kilómetros, tal vez dos horas, a discutir sobre si existía una visión conceptual lineal o cíclica según los ritos practicados en la Gran Logia de España. Sin haberlo realmente reflexionado con anterioridad, yo sostuve que la masonería simbólica no me parecía finalista, sino, en efecto, más bien cíclica. Su simbolismo más claro para mí es el de la propia vida, a cuyo devenir es cierto que apela, pues hay

nacimiento, crecimiento y muerte. Pero se termina su enseñanza iniciática más directa mediante una vuelta a la vida elevada desde los brazos de los HH.., ya que, como sabemos, solos no podemos nada. Ahí hay el cumplimiento de un ciclo, en mi opinión, donde muerte y vida se enlazan, con las reminiscencias místicas que subyacen en la ceremonia de elevación.

Pero, por otro lado, más tarde pensé que en realidad solemos decir con cierta alegría que la masonería simbólica busca crear buenas personas, mientras que la filosófica busca crear buenos ciudadanos. Ahí ya no hay ciclo, sino objetivos. No tanto cumplimiento colectivo de una verdad escrita en un cosmos del G.. A.. D.. U.., sino una promesa individual en tierra, si es que te esfuerzas adecuadamente y entiendes la vocación de servicio. Alcanzar el estatus de buen ciudadano, nada menos.

Yo soy una persona de formación científica, como sabéis. Terminé una carrera y un doctorado en Ciencias Químicas, trabajé en



laboratorios de investigación durante años, hice publicaciones en revistas reconocidas, de ciencia básica aunque siempre tenían una justificación aplicada algo lejana. En tecnología usamos una escala, conocida como TRL por sus siglas en inglés, Technology Readiness Level, o nivel de madurez tecnológica. Cuando el TRL es bajo, entre 0 y 3, un determinado proceso, proyecto, análisis o situación están en un estado de investigación básica, y muy alejado del mercado. Los TRL altos, entre 7 y 9, ya indican que existen prototipos, tal vez plantas piloto, o productos testados en mercado. Un 10 es un producto ya maduro, en venta, que da beneficios.

Así que, en realidad, en Ciencia y Tecnología, aparentemente, tenemos bastante inoculado el concepto de progreso necesario y el paradigma de la linealidad. Vamos adelante, hacia el progreso final, hacia ese 10 luminoso, que puede parecer un fin maravilloso porque nadie nos explica que después de él más vale que tengas muchas opciones de TRL entre 0 y 3 que puedas desarrollar, porque no hay un 11, sino más bien una buena caída esperándote.

Pero yo no estoy convencido de que la visión de los científicos hoy sea del todo finalista. Sí creo que seguimos teniendo una visión mecanicista de la ciencia: aplicamos de manera masiva el método científico a la búsqueda de teorías de la mayor universalidad posible, y de soluciones prácticas a las circunstancias de la existencia. La aportación científica sigue buscando causas que expliquen efectos, o provocando a la naturaleza para estudiar su respuesta a las condiciones de contorno de cualquier experimento. Pero nadie en Ciencia especula metafísica u ontológicamente sobre la finalidad última o el destino de las leyes o teorías científicas que propone y postula; entiende más bien que son un marco de juego donde el hombre actúa con márgenes relevantes de libertad en las que, exceptuando las neurociencias actuales, no entra.



Sin embargo, hace cien años la ciencia sí hablaba de metafísica. Pero es que hace cien años sucedió algo que cambió definitivamente nuestra comprensión del mundo, algo que explicó que en realidad no comprendemos nada y que en Ciencia estamos dispuestos a entender lo que no es explicable: la proposición del principio de incertidumbre, del científico alemán Werner Heisenberg. La propuesta técnica de Heisenberg no parece directamente interesante para los asuntos de la filosofía, pero os la voy a describir: no se puede conocer a la vez la posición y la velocidad de un electrón, lo cual no sucede por dificultades tecnológicas sino por la incertidumbre del mundo cuántico, ese mundo por debajo de lo microscópico, lleno de paradojas para la percepción física común del ser humano. Otros ejemplos relacionados son la dualidad onda corpúsculo de las partículas subatómicas (¿cómo puede algo ser una partícula y a la vez una onda?), o la existencia de cuantos o estados discretos y no continuos de energía.

Aquí puede realizarse una primera distinción entre un mundo macroscópico fácilmente cuantificable y más obviamente mecanicista, y un mundo microscópico aparte, que no nos resulta intuitivo, donde la materia se comporta de otra manera y sigue leyes en las que el principio de causa efecto no es ni siquiera una intuición. ¿Tiene implicaciones filosóficas? Enormes: decir que en el momento en que fijamos la posición de un electrón no conocemos su velocidad, o al revés, significa también que la realidad al completo es incognoscible, que el ser humano solo puede estudiar definitivamente una

cantidad de realidad que está a un determinado alcance. La realidad, en efecto, parece evasiva para un ser no superior, porque el ser humano, al estudiarla, no recoge resultados completos de la observación o de la experimentación, sino limitados, parciales y dependientes y sólo de la interacción con esa realidad. Y es que no podría recogerla de modo alguno. Es una constatación fascinante cuando luego se busca trasladarla al mundo macroscópico. Sólo conocemos una interacción determinada con el objeto de estudio, no el objeto en sí, nunca la realidad. Pensad en las ciencias de la vida, o en las ciencias sociales, en principio observacionales y no experimentales, pero en las que la interacción científica sobre el objeto del estudio supone afección, y cambio, del objeto.

Pocos siglos antes, durante el dominio del racionalismo, la ciencia deductiva del momento postulaba leyes mecanicistas en sistemas filosóficos cuyo determinismo de origen religioso no era discutible; el orden del universo en su funcionamiento como un reloj era una demostración de la existencia de una inteligencia superior conocedora de pasado y futuro en su omnipotencia, que venía acompañada de una doctrina finalista de la realidad, la cristiana, aunque con determinados matices según países, épocas, e incluso cristianismo implicado. No era lo mismo la Inglaterra más librepensadora de Newton que la Italia contrarreformista de Galileo, o publicar los resultados tan innovadores como los de Copérnico -que no se entendieron hasta pasado un tiempo y con Copérnico ya muerto- que ser consciente de que tus resultados, de

publicarse, pueden darte muchos problemas - como Descartes-.

Tal vez el principio de incertidumbre de Heisenberg, publicado en 1927, necesitó también de tiempo para ser comprendido, aunque dados los avances de la física teórica de las primeras décadas del siglo XX probablemente no fueron los plazos del heliocentrismo copernicano. Y, desde luego, los conceptos involucrados son lo suficientemente complejos para no ser comprendidos por la población. Nada que ver con el riesgo de que la tierra no sea el centro

del universo, o con que el hombre proceda del mono en una selección natural azarosa, por poner otro ejemplo más cercano a 1927; pero, en cualquier caso, cuando Heisenberg trabaja, no existe ya doctrina religiosa que pueda imponer su visión dogmática sobre un estudio científico que también le desborda.

Si ya no tenemos seguridad sobre la realidad de las cosas que estudiamos, y esta duda ya no es filosófica sino científica, nos puede invadir un gran escepticismo, que por otro lado nos impida actuar. Eso

no puede suceder. Pero voy a explicar por qué creo que la ciencia, o, mejor dicho, los científicos, ya no hablan de metafísica. O por qué, si acaso lo hacen, es mejor sospechar tremendamente de que lo hagan.

El mecanicismo, el determinismo, y las teorías finalistas hunden sus raíces en la historia de la filosofía y el pensamiento occidentales, y se relacionan con matices de interés. El sistema atomista de Demócrito era mecanicista: los átomos, con sus choques al azar y sin seguir directriz alguna, constituían el todo. Aristóteles critica esta idea, pues



significaría que el mundo que él mismo ordenó y clasificó se habría creado dando palos de ciego que por azar habrían dado lugar a un orden inesperable en semejantes condiciones. Hoy Aristóteles se sumaría al diseño inteligente, digamos. Pero ni la pionera visión lúcida de Demócrito ni el método silogístico o los primeros axiomas de Aristóteles sabían de la edad del universo ni del cálculo de probabilidades, aunque contribuyeron a construir el conocimiento actual. Aristóteles tenía un sentido teleológico, o finalista, de la vida del ser humano y de la polis, pero resulta complejo llamarle determinista: reconoce la libertad positiva y obligatoria del ciudadano, y la visión cósmica griega hablaba de un tiempo cíclico, no solo cronológico, en el que no se concibe un progreso en camino de una perfección finalista que indicaría que el cosmos actual no está completo, idea sin sentido para los griegos.

Las concepciones cronológicas se introducen en el pensamiento occidental con la irrupción del cristianismo. La creación, el Apocalipsis y el regreso esperado de Cristo a la tierra trastornan definitivamente el mundo cíclico de los griegos, y, a partir de la Edad Media, la idea de un progreso de la humanidad impregna el pensamiento occidental de manera general, lo cual también significa que el pensamiento y acción cristianos contribuyeron decisivamente al

progreso material, aunque existan ejemplos de dogmatismo que intentaran lo contrario, a menudo con éxito. El progreso occidental no entra en duda incluso cuando los filósofos no son cristianos: Marx o el nazismo son dos ejemplos. ¿Cuándo termina este prurito finalista en el pensamiento occidental, adalid del progreso técnico y orgullosos de sus avances sin igual? Entre 1914 y 1989, en algún lugar mental entre Auschwitz, el Gulag, e Hiroshima. Ejemplos todos ellos de gran consumo de energía, que es una de las definiciones de la civilización occidental moderna.

Hoy los grandes billonarios persiguen la luz de la inmortalidad, la de la máxima certidumbre, la de un transhumanismo metafísico basado en lo tecnológico, en lo genético y en lo neuronal, que niegue el ser, que niegue a Cronos, y que asegure que ellos al menos no se incorporarán al ciclo cósmico, el que decía al principio que yo veía que ofrecía un nido, una base, a la masonería simbólica. Yo creo que los masones no somos así, que en realidad nos llena mucho más seguir en la incertidumbre de la vida, la que anida en los pobres electrones que nos componen, reflejo irónico de la eterna indefinición de nuestro propio carácter humano.

